

Tertulia y currículum

Chiño.

La radio ofrece datos, cuenta noticias, provoca debates y, en los últimos años, se corona con las tertulias. Particularmente he de manifestar mi querencia radiofónica y, en contra de un cualificado sector de biempensantes, afirmo que también disfruto con las tertulias. Ya sé que algunas emisoras abusan en exceso, que hay tertulianos deslenguados, que hay moderadores que excitan a sus contertulios, pero confieso sin ningún tipo de pudor que una tertulia radiofónica nocturna reconforta más que los programas-desgracia de la tele. La radio ni molesta ni impide darle la vuelta a los calamares en la sartén ni regañarlo al niño por haber derramado la leche encima del tarro de margarina. La radio siempre está ahí, siempre hablando, siempre acompañando.

Con estos pronunciamientos pudiera parecer que mi intención es darle a la tertulia objeto de consideración de estudio en el currículum escolar o tal vez una traslación de sus características en cuanto a contraste de ideas, opiniones, pareceres, como una forma más de acceso a los contenidos de la enseñanza. No va por ahí la cosa, sino por enlazar la sensibilidad y el buen gusto manifestado en varias tertulias que tuve la ocasión de escuchar al comienzo del presente curso.

En una emisora el locutor instaba a los contertulios a recordar su primer día de escuela, a refrescar esas impresiones que guardamos en nuestras cabezas y corazoncitos de nuestro contacto inicial con el colegio. Daba gusto escuchar lo mucho que han cambiado los tiempos, cuando mentaban el deplorable estado de las escuelas rurales, la mistura de edades que acogían las aulas o la rigidez de las costumbres que les inculcaban en su infancia. La tertulia en otra emisora discurría por cauces menos originales, acerca de la elaboración de un documento que iría avalado por un montón de organizaciones educativas protestando por la poca atención que se le presta desde el Ministerio a la educación. Críticas lógicas, materia prima habitual de los forjadores de opinión.

No sé lo que pudo ocurrir en un lapso de cinco minutos, cuando me detuve a tomar un café. De pronto, el curso de la tertulia se encrespaba, subía de tono de forma notable y el blanco de las críticas era el mismo en ambas emisoras: los niños, hoy en día, no aprenden nada, o casi nada. Los chicos promocionan de un curso a otro sin tener en cuenta los resultados de los exámenes, aprueben o suspendan. Hay que ver los exámenes de hoy día, ¡los de antes sí que eran exámenes, y no como ahora que hasta los profesores dejan los libros para copiar!. En ambas emisoras bufaban por lo mismo, si bien en una ponían en solfa la desvirtuación de la historia en los programas escolares debido a la introducción de las historias locales por la presión del nacionalismo. ¡A ver hasta qué curso no se estudia la Restauración!. ¡Algunos estudiantes de bachillerato en la vida lo estudiarán! ¡Si pasan cuatro cursos estudiando el pleistoceno y luego pasan ya a su Estatuto de Autonomía!. Lo de la Historia tiene narices, ¡vaya trato se le da en las escuelas!. La indignación tomaba cuerpo de forma más definida en la otra emisora hacia el alumnado relajado e indisciplinado. ¡Estamos formando generaciones de lerdos, de zotes, de ignorantes! ¡Hay que ver lo poco que se esfuerzan estos chicos de hoy día! ¡Así no se va a ningún lado! Algo habrá que hacer, ¿no?. La culpa es de la leyes que padecemos hoy.

Mucha miga tenía el comentario de una tertuliana en clara progresión ascendente, que trasladaba las quejas de sus hijos porque cada año exigían menos y todo les era más fácil,

no como los hijos de uno, que siempre bufan por las tareas escolares que han de hacer en casa y encima dejan estampadas sus libretas con las huellas dactilares impregnadas en tinta de chorizo. Su instinto materno alcanzaba a dar este matiz, lejos del discurso ajeno a la realidad de sus otros indignados compañeros de radio, aparte de dejar sentado que la cualificación de sus argumentos adquiriría una entidad inusitada con los resultados de unos hijos bandera como los suyos.

En el acaloramiento de la refriega se llegó, como no podía ser de otra manera, a la madre de todas las desgracias de la educación: los programas educativos son una bazofia. El tertuliano más puesto en estos asuntos llegó a postular, sin ningún tipo de pudor, que todo era debido a los psicólogos, a la psicología evolutiva y, por proximidad, se deslizó por el fácil y populista prejuicio de los psicoanalistas y de la vacua verborrea que supuestamente los caracteriza. Y, ¿qué es eso de las ciencias sociales? ¡Vaya invento de los universitarios!

Una vez desatada la ira contra los nuevos programas, el retorno ya no era posible. No se habló de financiación, ni de transferencias educativas, ni de las protestas en la enseñanza pública, ni de las peticiones de las APAs rurales. La tertulia tenía vida propia con el encarnizamiento curricular.

Aunque el tono era ciertamente hiriente, sin embargo me reconfortaba con el consuelo de que pocos maestros estarían oyendo tales sandeces radiofónicas. Ninguna ley educativa puede triunfar en una sociedad con tan altas dosis de ignorancia y de atrevimiento. Nuestros cualificados periodistas no se han enterado de que en España, desde los últimos años del franquismo hasta la actualidad, tras sucesivas reformas en la enseñanza, se ha producido una auténtica ruptura democrática en materia educativa.

Un curso acelerado, pues, para nuestros colaboradores radiofónicos. Si estos salieron adelante de sus estudios en tiempos tan duros, seguramente en un par de tardes algo habrán aprendido. A no ser que se hayan contagiado del ambiente general de los zotes, vagos y lerdos que va a dirigir nuestra sociedad en breve.

Esta noche, cuando me he puesto a escribir el artículo, no he podido evitar encender la radio y sintonizar una tertulia. Y es que dan para mucho.